

José Franz Medrano Solares:

Génesis del Gato



Humberto Potosí Salinas, exilio compasor boliviano y el cantante José Franz Medrano Solares

andaduras del hombre-felino.

Sin embargo, debo hacer hincapié que, el Gato, aún contando con infinidad de oportunidades y éxitos en el mundo del disco y del escenario, nunca quiso someterse a horarios ni a empresarios leícos para cantar. Su naturaleza indómita y su filosofía de vida perennemente así se lo exigían. Desde el pretérito, solo puede componer, cantar y trápear a las tarimas si se siente alegre y sin alarduras. Para el Gato, el canto es la sonora rebeldía de sus sueños de trashumante, sintiendo el arte por el arte, desheredando la nombradía y el enriquecimiento, pese a llevar oro y argento en la garganta. Los músicos profesionales viven de la música y las tablas; en cambio el Gato nació y vive para la música y el sonido.

Por lo explicado, el Gato no es una ficción ni una fachada, es la existencia legítima y constatable de otra parte optimista y rebelde de mí ser. Debido a ello, mis narraciones no son de vivencias de biblioteca ni de café y, menos, de apropiaciones indebidas, mis narraciones devienen de mi innata avidez de observador y, fundamentalmente, son el resultado de mis experiencias existenciales empapadas de personas, lugares, amores, sueños, dramas, ideales, sufrimientos y alegrías, las mismas que fueron y son percibidas con mayor intensidad por el otro ser que me habita: el Gato.

Antes de finalizar, quiero puntualizar ciertas diferencias substanciales suscitadas paulatinamente en mí desde el otoño de 1970.

José Franz Medrano Solares es conservador y el Gato es un rebelde contra el sistema;

Aquéll es calídico y éste es ateo;

Aquéll es monogamo y éste es polígam;

Aquéll es abogado y crea en la ley y éste es un bohemio que no cree en la ley ni en los abogados;

Aquéll sobrevive y trabaja y éste vive, sueña y canta.

Maria

"Es necesario, pues, que no se le pueda reprochar nada al obispo. Marido de una sola mujer..."
(La Biblia Latinoamericana, 1 Timoteo 3, 2)

Los obispos y presbiteros: "Han de ser hombres intachables, casados una sola vez, cuyos hijos sean creyentes..." (La Biblia Latinoamericana, Tito 1, 6)

El subrayado pertenece al autor de esta Noticia.

Se conoce que en el segundo milenio de la era cristiana, los Caballeros Templarios, como resultado de sus descubrimientos en las Cruzadas, rindieron culto a dos modelos femeninos aparentemente opuestos:

por un lado, veneraron a la Virgen María, ejemplo de virginidad y pureza y, arquetípico espiritual que encumbraba el ideal de mujer santa y mística; y por el otro lado, honraron a María Magdalena, arquétipo sexual y símbolo de lujuria y pecado entre los seguidores de la Iglesia Católica, apostólica y romana. A modo de referencia histórica cabe puntualizar que, María de Magdala, es vinculada como el recipiáculo de sorprendentes arcanos del Rabí de Galilea, en papiros como los de Naj Hammadi, los rollos del Mar Muerto, las crónicas de Sangreal y otros controvertidos manuscritos denominados apócrifos, los mismos que ponen en tela de juicio a la Biblia Canónica en éste y otros entresijos teológicos que, en el devenir de los siglos, tan sólo fueron desentrañados por unos cuantos entre dientes y en las sombras. Contemporáneamente, los documentos aludidos son colosamente custodiados por sociedades herméticas y misteriosas que, poco a poco, dejan entrever sus oculitos y aniquilísticos pergaminos. Hoy querío narrar la historia de una pasión clandestina, experimentada por un par de adolescentes que ignoraron todo tipo de tabúes y convencionalismos sociales.

Aunque el amor y la pasión son patrimonio de todas las épocas y las culturas, las relaciones afectivas manifestadas en Potosí, se traducen en formas de galanteo, seducción, genitalidad y ritos tan peculiares, como lo son su riqueza tangible e intangible. A continuación la historia enunciada, en la que coexisten la virtud y el pecado, junto al misticismo, la filosofía atea y la música:

Era un otoño de 1972, y la noche tintinea estremecida sobre uno de los conventos de la señorilla villa de Potosí. Despúes de que todas las religiosas hubieron rezado las últimas plegarias del día en la capilla, en su editoria y Iria calda, como todas las noches, una joven monja se encontraba recordando y meditando en beatífica postura. Recordaba al hombre que amaba y guardaba y, meditaba sobre el sendero a elegir de una vez por todas consistente en retomar con brío su vida monástica inspirada en la santísima Virgen María, o continuar tras la ruta tan humana de María Magdalena, la célebre pecadora.

El causante de la terrible disyuntiva en la monja, era la primera voz de los *llamados* que, tres meses antes y sin intencionalidad, obtuvo que la religiosa se prendase de él con juvenil desvarío, merced a una electrizante presentación musical de su conjunto en el tablado del entonces Cine Cervantes, actuación que fue observada y aplaudida por la impresionable profesa, casualmente también llamada María. A finales de los sesenta y a principios de los setenta del milenio anterior, los *llamados* supieron tornar en música las fantasías y las tempestades del Ande y, acaecidos por sus diversas sangres trocadas en una sola esencia macerada en las venas de la patria insurgente, ayudaron a construir con distintos acentos las polifonías y la identidad del hombre nuevo de las montañas.

Los *llamados* respondían individualmente a los nombres y apellidos de Carlos Villalba, Darío Tórrez,

Freddy Paredes y, el menor y la voz cantante, al seudónimo de Gato. El ultimo de los nombrados reemplazaba a Marco Antonio Rosso en la conformación de aquél inolvidable cuarteto. El espíritu artístico de estas voces e instrumentos de la cumbia proveniente de Méjico, antiguos días andino del rey y la tormenta e identificado por la tradición potosina con el apóstol Santiago, denominado en el evangelio como: *Hijo del Trueno*.

Dos días después de aquella memorable presentación artística, cuando una tarde la agraciada religiosa se encaminaba a realizar sus labores de enseñanza, el azar hizo que algún enviado del destino le presentara al ídolo cantor. A partir de aquél instante, ambos sintieron una poderosa atracción que, por tratarse de un atavismo humano, transgredió incontenible toda razón, moral y credo. Este fue el inicio de sus encuentros secretos. Hasta que un día, en la penumbra discreta de un ingenio abandonado, él la besó largamente en los labios azucarados y estiró sus senos arrebatantes ante la mirada atónita de su *ángel de la Guarda*; acto seguido, la apoyó contra uno de los dormideros muertos, e izando con ambas manos sus sencillos atavíos, hizo a un lado sus niveas y humedecidas bragas, para luego entretenerte con deleitosas caricias táctiles en los rebordes de su grieta divina. Ardiente en la hoguera de la concupiscencia, la monja dosó con ansia la ruptura de su inocencia, un gemido que parecía un salmo escapado de su garganta al sentir que su amado, demonio encarnado en hornero-gato, la profanaba con nervuda e incandescente estaca. Y una voz llena de él, con sus bellos muslos instintivamente le rodeó la cintura, de ese modo, los dos fueron una sola carne, que por medio de uniformes y almiradas cadencias, supieron alcanzar la gloria dejando para más tarde las tribulaciones y temores por el purgatorio y el infierno.

Consumado el rito orgiástico de Iniciación, quebrantando el sexto mandamiento de la ley de Dios que proscribe no cometer actos impuros, la hermana María, todavía exquisitamente ruborizada, tomando conciencia de lo acaecido, sollozó desconsoladamente al vor irremediablemente perdida su virtud consagrada. El Gato, consternado ante su sincera aflicción, procuró consolarla diciéndole: -Pequeña mía, dejá de llorar, tu virginidad extraviada no iba a conducirte hasta un Dios que no existe.

Horrorizada por lo que dovelaban aquellas palabras, la monja le inquirió: -APor qué crees que Dios no existe?

El contestó: -Porque la crueldad y las imperfecciones del mundo me confirmaron su inexistencia.

Anteponiendo una exclamación, ella volvió a preguntar -ÁAve María Purísima! Si fuera así. Adónde venimos?

-Por ahora sólo existe una certeza: no sabemos de dónde venimos ni hacia dónde vamos, la ciencia lo ignora y la religión crea erróneamente saber -arguyó enérgico el Gato.

-Apostata! ÁCómo puedes decir tanta blasfemia? Sin Dios no existe ninguna posibilidad de bondad, verdad ni justicia -protestó María.

El Gato, mirándola serenamente, replicó -La bondad, la verdad y la justicia no descendieran del cielo, surgirán en la tierra o sucumbirán el género humano. La idea de Dios es la provocación del ideal de perfección buscada por el ser humano, el mismo que inventa dioses a su imagen y semejanza.

A punto de sufrir una crisis nerviosa, la religiosa le interrumpió por última vez: -O sea que en tu criterio Aliviar hábitos resulta innecesario?

Intentando aliviar la tensión del momento, el Gato bromeo: -No, puesto que a muchos religiosos les sirve para esconder sus errores intempestivos.

Sor María, ante la sorpresa y el dolor de saber incrédulo a quien tanto amaba, dominada por una intransigente fe lindante con el delirio, haciendo la señal de la cruz, dio por concluido el diálogo de la siguiente manera:

-Pese a quererte tanto, a partir de hoy, si no te reconcilias con Dios será inútil que me busques.

Dicho esto, alemorizada ante la sobrecogedora grandeza del Señor, presurosa se distanció de aquel sitio en pos de su redención, buscando el perdón y el rearme espiritual mediante penas, ayunos y cílicos. El Gato dejó que ella partiera por respeto a sus sentimientos y a su libertad de culto. De esta forma, convulsa de misticismo, la monja retornó al convento para entretejer su destino con hilos de virtud y pecado. Ante el fracaso de una perfección soñada, tratió de encontrar en el Crucificado, un sedante para aplacar su fervoroso y atormentado espíritu de mártir.

La inexorable flaqueza adánica del hombre por la mujer, le había impulsado al Gato a devorar felinamente algunos apófisis fríos del alma y la carne de aquella misionera de la fe. Mas, nunca su Intención fue dañaría; todo lo contrario, sólo quería amarla, como aman los mortales, con luego en el alma y magma en el cuerpo. Emulando al Adán ancestral, también probó del fruto prohibido; pero el una vez concluido el acto carnal, no inculpó a su compañera por lo acaecido, tampoco se arrepintió y ni sintió vergüenza alguna al verse semidesnudo. El Gato estaba visceralmente convencido de que, el libre albedrio en el ejercicio de la genitalidad humana, se encuentra subordinado en sumo grado a la potencia avasallante de las leyes de la naturaleza, percibiendo en la virginidad y el celibato a dos instituciones obscurantistas, perversas e hipócritas, causantes de innumerables traumas y frustraciones en los monjes y monjas con auténtica vocación cristiana. Le resultaba muy difícil dejar de sentir una profunda commiseración por éstos, a los que consideraba ingenuos siervos de la fe.

Advertía en la continencia genital de los religiosos y en la prohibición de enfrazarse matrimonialmente, no prescrita en ninguna parte de las Sagradas Escrituras, la supresión brutal de sus derechos sexuales y reproductivos, imposición que, en su criterio, coetáneamente vulneraba sus derechos fundamentales a la vida privada y a la intimidad, así como a su libertad y dignidad humanas. Aalto de insolente rebeldía, juzgaba que la libertad con tonsura siempre fue abstracta y restringida, estimando que el hombre precisaba edificar una libertad más objetiva y plena para conseguir la dicha en la tierra, o percer en el intento. El Gato entendía la historia de la humanidad como la historia del desarrollo de la conciencia libertaria.

En el penúltimo párrafo de mi evocación, debo confesar que, un alardear de esos días, al buscar miImagen en el espejo no la vi, vi con pasmo la imagen del Gato soportando el temible drama de vivir sin la protección de Dios. Desde entonces, cada amanecer, elevó una oración por él, rogando al Supremo Hacedor que algún día le conceda la fe necesaria para poder salvar su alma inócil.

Han pasado más de seis lustros de este suceso, comentándose en la Villa que, el 22 de noviembre de todos los años, recordando el día del músico, una mujer con hábito enciende un cirio a los pies de Santa Cecilia, y que a pesar del tiempo transcurrido, con amor infinito, aun espera y desespera porque la vida apura. También dicen los que en verdad saben escuchar, que el extinto Darío Tórrez, el *Alígu* Inclaudicable, con el tam tam de su bombo ancestral, todavía revela extrañas lides de pasión desatadas y extractadas de las enigmáticas litopartituras cordilleranas que envuelven al mítico Potro.

José Franz Medrano Solares: Abogado, escritor y músico.

